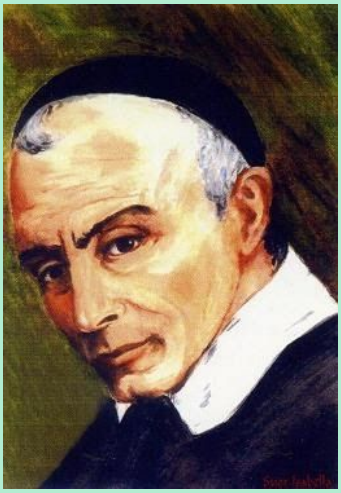
2ª SEMANA JUNIO

jueves

Lc 24,46
"Vosotros sois testigos de esto"



Un sacerdote piamontés del siglo XIX solía decir, – «En Turín hay cuatro santos: Don Bosco, Cottolengo, Don Cafasso, y el Padre Durando»

Este último, sacerdote de intensa vida espiritual, fue sobre todo hombre de gobierno, exigente en cuanto a pedir observancia de las Reglas, pero comedido y equilibrado, con un sentido de la realidad que se unía a una caridad exquisita, atenta ante todo a los más débiles, caridad que aumentó según pasaba el tiempo. En él, durante más de 40 años Provincial, Director de las Hijas de la Caridad, fundador de las Hermanas Nazarenas, hallamos – como discípulo que fue de San Vicente – a alguien que recorrió sendas ordinarias, sencillas, no ostentosas, pero que resultaron tenaces y valientes; al hombre que venció su timidez congénita. Este estilo de vida brotaba de una convicción profunda, por él delatada tanto en su modo de actuar cuanto en sus palabras:

Lo extraordinario se me hace siempre sospechoso. Yo gusto de lo ordinario, de lo común, de las virtudes evangélicas, verdadera humildad, mortificación, observancia, sólo que todo ello bien, de modo perfecto, únicamente sencillo y sin ruido.

Era consciente de que todo eso requería el sustento de las divinas gracias, y un trabajo continuo sobre sí mismo. Escribía:

Poco a poco, con la gracia de Dios, formar corazones verdaderamente humildes, sencillos, mortificados, pacientes, desprendidos de todo y que no piensen, no suspiren más que por Jesús.

Lo que enseñaba, era efectivamente vivido por él: nada de espectacular en los casi 80 años de su vida. Quiso vivir en Cristo, revestirse de las virtudes del sacerdote y de las que distinguen al misionero vicenciano. Recomendaba ser ejemplares en estas virtudes, y decía con aplomo: No podemos dar a otros aquello de lo que nosotros carecemos.

Para reflexionar:

- ¿Existen personas así en nuestros días?
- ¿Qué te sugiere la figura del Padre Durando?